

XXVI

Pasáronse muchos años antes que tuviese la ocasión de volverla á ver, época de dicha y celebridad en que habia dado á luz producciones tan diversas como variadas, tales como volúmenes de poesía, novelas de carácter, artículos de crítica y costumbre que recuerdan á Sterne y Adisson; tragedias biblicas en el género de *Ester* y *Atalía*, comedias en que una mano femenina suaviza la inofensiva malicia de la intencion, y en fin sus *Cartas parisienses*, obra maestra en prosa, verdaderas páginas del *Espectador* ingles, rejuvenecidas con toda su originalidad en otro suelo: todo esto la habia cubierto de laureles en pocos años, y conferidole el nombre de décima musa. Su juventud habia adquirido madurez sin perder su frescura, y, por una escepcion á que era acreedora su carácter, al adquirir tanta fama, no habia perdido un amigo.

Tal se nos presenta despues de la revolucion de 1830.

Esta revolucion trastornó su vida como habia trastornado al mundo, y la jóven poetisa resintió en su felicidad el rechazo del desplomamiento del trono de los Borbones, pues todo se liga en este mundo, y la caída de los palacios arrastra el nido de la golondrina.

M. de Girardin habia fundado un órgano inmenso, *la Presse*, poder de opinion que contaba con el poder

de los hechos. Pero, independientemente de la potestad que ejerce, un periódico es un torbellino en torno del cual se agrupan, agítanse y batallan pasiones y ambiciones de todo género, la envidia, la ojeriza, el encono de todo un siglo. El combate mas encarnizado en un campo de batalla nada es en comparacion de esa horrorosa refriega de tinta que mancha los combatientes de los diversos partidos políticos. Las mayores celebridades quedan pulverizadas en el continuo choque de ideas ó sistemas; y hasta el ilustre nombre que corona al genio femenino, puede, como los de M^a Staël ó M^a Roland, ser arrastrado en el encage de las ruedas, llegar á ser profanado por míseros folletistas, vilipendiado por una plebe soez, y ensangrentado en el cadalso.

La sublime imparcialidad de su corazon puso á M^a de Girardin al abrigo de ese lodo de pasiones que por do quier salpicaba; y si, en raras ocasiones bajó á la lid la Musa, fué con el objeto de dar socorro á los vencidos y moderar el ardor de los vencedores. Los hombres mas opuestos á la política de su periódico, solicitaban ser admitidos en sus reuniones, y su salon era uno de esos territorios neutralizados durante la guerra entre dos ejércitos, para tratar de la paz y amistad futura despues de las hostilidades.

Las letras le fueron un refugio durante la enconada pelea, y así ningun combatiente enemigo llegó á acusar á aquella noble muger, que si bien susceptible de irritacion nunca supo odiar, de abrigar esa

amarga hiel que vierte la pluma de los escritores políticos en los miembros del opuesto bando.

XXVII

Este asilo que se habia reservado aprovechaba cada día mas á su talento poético. Poco tiempo antes de la revolucion de 1848, se alejó de Paris al primer murmullo de la tempestad que se encubria en los ánimos. Me acuerdo que vino á pasar conmigo los últimos días de verano en mi soledad situada en los matorrales de Saint-Point. A la sazón escribia, con esa vena viril que la caracterizaba, su bella tragedia de *Cleopatra*, cuyo estilo posee la solidez y cándida pureza del mármol. Jamás olvidaré la inspiracion de su rostro y la emocion de su voz cuando nos leía por de día lo que habia compuesto la noche. En general era por la mañana, bajo la sombra de un techo de musgo que cubria parte de un huerto situado en un terreno inclinado, desde el cual domina la mirada un valle amenísimo que encuadran azuladas montañas, cuyo silencio tan solo interrumpen el murmullo de un arroyuelo que velan los sauces, el zumbido de las abejas cirniéndose sobre las sonrosadas flores de los brezos, y los melodiosos trinos de las parleras pardillas ocultas en los árboles circunvecinos. Pero su hermosa declamacion parecia acallar todos los susurros exteriores, y los mismos insectos suspendian su vuelo,

mientras que su rostro, encuadrado de dulzamará y madreSelva, respiraba aun mas poesía que sus versos. Estos fueron sus últimos días de calma, y tambien los míos, pues pocos meses despues nos hallábamós en plena calle, operando esa grande evocacion de la razon pública, y el gran salvamento de una nacion que ve naufragar su gobierno.

XXVIII

Era demasiado romana de corazón M^a de Girardin para no aceptar la república, á lo menos como una necesidad de circunstancias ó una prueba de valor; y, eco de la heróica antigüedad, la democracia era á sus ojos la poesía de los acontecimientos.

No obstante, rigurosamente hablando, no tenia una conviccion arraigada en materia de política, ni pertenecia á ninguno de los bandos representados por la prensa, si bien su instinto natural hacia inclinar, sino su razon á lo menos su sentimiento del lado de la época que vió fulgurar su hermosura en todo su apogeo, esto es, la Restauracion, cuya idea se asociaba al recuerdo de la triunfal admiracion escitada por sus gracias y talentos.

Así siempre abrigó cierta repugnancia por el gobierno de Julio, cuyo escesivo prosaismo habia determinado la catástrofe de Febrero, y, comprendiendo lo difícil que era al pretendiente de la legitimidad recuperar su cetro en tan agitada crisis,

hubiera visto sin repugnancia una corona en las sienas del pueblo; en una palabra el fondo de las ideas de M^a de Girardin era lo bello, y tal se mostraba á sus ojos un gobierno á la manera de Pericles en Francia, inaugurado sin crimen despues del desplomamiento espontáneo de un trono desprovisto de tradicion y principio. Ninguna perspectiva mas halagüena podia deslumbrar su imaginacion que la de ver resucitado el gobierno democrático de Atenas, presidido por uno de los mejores ciudadanos, y aconsejado por los talentos de todas las opiniones reconciliadas en el terreno de la patria comun, y destinado á establecer por un sistema de ponderacion la armonía de pasiones é intereses.

Así no podia menos de interesarse á esa república naciente, mostrándose en los escombros de la monarquía, para salvar la Francia y la Europa. Mas las facciones frustraron sus esperanzas. Nuestra nacion no tuvo la paciencia que funda, ni el teson que deja á las dificultades gastarse y pulverizarse por el mutuo y continuo roce, ni la paciencia que deja á la mano del tiempo hundir profundamente las raices de las instituciones.

Pero M^{ma} de Girardin manifestó un denuedo varonil en las peripecias de la revolucion. Su marido que habia atacado impunemente el primer gobierno de la república, fué encarcelado por el segundo, y la esposa se mostró sublime de angustia, de ternura, de súplica, de amenazas, de elocuencia, reclamando ó la libertad de su esposo ó el derecho de partici-

cipar del mismo calabozo. Ni flaqueó su resolucion, ni se desmintió su constancia en las postreras convulsiones de la república espirante. Tantas agitaciones habian menoscabado su vida, mas no desquiciado su alma, cuya excelsa intrepidez amostraba impávida el destierro, pronta, como M^a Roland, á morir risueña como consorte heroica ó poetisa sublime.

XXIX

Desde aquel entonces cerró su corazon y su puerta, ésta á las visitas, aquel á las ilusiones, reduciéndose á un círculo limitado de amigos de toda clase de fortuna, trabajando no por anhelo de gloria sino de necesidad, y ufana de prescindir de los goces de la opulencia con tal que le bastase su labor literario.

Triunfos dramáticos tan repetidos como brillantes, coronaron su valor, mientras que, en el silencio y en la soledad, preparaba otros mas importantes y mas duraderos. Su espíritu observador y penetrante urdia una de esas comedias de carácter que sabia anudar y desatar con mano magistral y segura, á cuyo efecto estudiaba á Balzac, inagotable Molière de la novela.

Su sala de recepcion, en otro tiempo tan poblada, se hallaba reducida á un gabinete de trabajo, en el cual se la veia casi siempre sola, descolorido el rostro por la meditacion prolongada, ó animado en exceso por el fuego de la composicion. Mas todo lo

dejaba para confabular familiarmente, con una espontaneidad y rapidez que hacian de su conversacion el mas seductor de todos sus atractivos. Siempre festiva, jamas punzante, no hubiera permitido que la broma degenerase en sarcasmo, ni la traviesa cosquilla en aspero roce que desuella y hace brotar la sangre. Su carácter era vivo, mas su corazon excelente; su viveza natural comunicaba mayor franqueza á sus amistades; é incapaz de la fementida lisonja, la impetuosidad de su índole hubiera bastado á mostrarla sin disfraz.

Los que como yo pudieron verla en esos últimos tiempos no podian saciarse de admirar ese carácter solemne, sereno y majestuoso contraído por su belleza, que marmórea parecian haber vuelto los años; y, sumida en un dolor augusto recordaba á la Niobé, madre de dolores en la antigüedad pagana, que deplora la pérdida de su numerosa prole. Si la naturaleza le hubiera concedido un hijo, lo hubiera alimentado con leche de leona, pues el rasgo dominante de su carácter era el heroísmo.

XXX

Nada anunciaba un decaecimiento en la energia de que parecia rebosar su vida. Sus cabellos se conservaban tan abundantes y tan rubios, sus brazos tan blancos y torneados, sus facciones tan finas y regulares, la mirada tan resplandeciente de alma y

de luz; pero un gusano invisible roia su corazón.

Deseosa de respirar el aire del campo, habia ido á pasar algunos dias á San-Germain, cuando corre la voz que se muere. De vuelta á Paris para expirar en la ciudad en que habia cantado y amado, pareció cobrar aliento un instante en la pendiente del sepulcro. La puerta de su casa se abrió á medias para algunos amigos, y, como yo contaba en el número, me dí prisa á acudir á su lado.

La última vez que tuve el gusto de verla, me hicieron entrar en un aposento del cuarto bajo en que se habia refugiado para evitar el ruido de los carpinteros y albañiles que trabajaban en los pisos superiores. Me acuerdo que allí encontré á un joven escritor llamado Paulino Limayrac, alma sensible y mano magistral, que sin rubor proclama su amor y entusiasmo, y una muger justamente célebre, M^a Sand, que, como las heroínas del Taso, parece haber perdido su sexo en la refriega del genio. Solos estaban con la enferma en su aposento mantenido en la semi-oscuridad que convenia á su estado, y hablaban bajo, mientras que sus fisonomías expresaban ese sentimiento complejo de amistad que se esfuerza en tranquilizar al paciente, juntamente con la compasion que duda. No pude menos de admirar el efecto del acaso que, en espacio tan reducido, habia convocado á cuatro almas de tan diversa naturaleza, casi desconocidas unas á otras, si bien cada una poseia exteriormente un imperio en una region de la inteligencia humana.

Esos cetros del ingenio, ocultos bajo los mas humildes vestidos, parecian olvidar sus talentos en presencia de la doliente, y solo vivir por el alma. Tal es el bello momento de las naturalezas vigorosamente templadas. Cuando la vida abandona el cuerpo, se desvanecen todas las pequeñas pasiones, y bajo nombres masculinos ó femeninos, solo quedan grandes pensamientos que sacuden el polvo del mundo y contemplan su nada en presencia de la divinidad. Al lado del lecho de un moribundo se desvanece el siglo y solo reina la eternidad.

A pesar de lo frio de la estacion, veíase abierta una gran puerta guarnecida de vidrieras, comunicando con un patio de reducidas dimensiones y cerrado por do quier por elevadas paredes. En medio de este patio, una fuente de mármol destilaba melancólicamente un ligero chorro de agua sonora, al paso que una lluvia menudísima como una niebla licuefiada, bañaba fria y sin ruido las losas.

Hallábase la enferma medio reclinada en un canapé espuesto al aire y contiguo á la ventana, para que la frescura atmosférica y el susurro del agua facilitasen la entrada del aire que faltaba á sus pulmones.

La hallé poco mudada, si bien habia enflaquecido algun tanto durante su residencia en San-Germain; pero un encarnado mas vivo en sus mejillas, un brillo mayor en sus ojos, un reposo mas visible en su rostro, y un metal mas natural de su voz, producian la ilusion de una convalescencia. Habla-

mos de materias varias, si bien de un modo ligero, ameno, festivo y afectuoso, como conviene á una persona, que retoña á la vida á la cual convienen tan solo esos movimientos del espíritu y corazon que mecen el alma como en una segunda cuna de la muerte.

La enferma se asoció á la conversacion con esa elasticidad de sentimientos y esa maleabilidad de imaginacion que, bajo una capa de risueña vivacidad, cobijaba un fondo no poco considerable de tristeza. Temerosos de fatigarla abreviamos nuestra visita, y nos retiramos como amigos discretos que llevan consigo una bella esperanza y recelan perderla confiándose reciprocamente. Tal fué nuestra última entrevista y nuestra última despedida, y, al dia siguiente, supimos con estupor que habia expirado sin agonía, entre los recuerdos de la tierra, y las esperanzas del cielo.

Cuando cundió en Paris la noticia de su muerte, parecia que habia bajado en una sola noche el nivel de la inteligencia, del sentimiento, de la gloria del siglo. Los que solo la conocian de nombre, la lloraron; sus amigos jamás podrán consolarse.

Sus exequias fueron el triunfo del dolor público. Sus salones enlutados, en que todo lo mas selecto del siglo habia gozado de su conversacion y sobretudo su bondad, los patios, el jardin, y hasta la misma avenida de los Campos-Eliseos, no bastaban á contener el inmenso concurso de hombres de corazon y hombres de fama que se encontraban, sin

cita preliminar, en torno de aquel negro ataud. Cada uno acudia con un tributo, quien con un recuerdo, quien con un encomio, éste con una lágrima, aquel con la memoria de un beneficio; ningún corazón recelaba la menor gota de amargura.

En efecto, universalmente amada, la difunta no había ofendido más que un solo hombre en su vida, y esta ofensa la había motivado el amor conyugal y de ningún modo el propio interés. Pero borrados deben ser de sus obras estos versos en que depositó un enojo pasajero, pues la menor venganza no sube al cielo con nosotros. ¿Pero es venganza ó es tal vez una virtud en el corazón de una esposa la ira santa del amor? De cualquier modo que se juzgue debe borrarse, pues desdice de la tumba de una mujer, y de una musa, ese mutilado fragmento de político venablo. Agradar, amar, perdonar, tal fué su vida: que tal sea igualmente su memoria.

XXXI

En una carta anexa á su testamento, y que me fué comunicada por su hermana, hay un ruego á la vez y una queja que parece exhalar de un sepulcro, la cual me heriría vivamente si creyese haberla merecido:

« Rogad, dice á su albacea, rogad á M. de Lamartine que acabe mi poema de *Magdalena*, al cual faltan cantos, y que, de todas mis obras poéticas

« es la más acreedora á lograr fama póstuma. Este
« es un favor que no puede menos de tributar á mi
« memoria. En otro tiempo mucho me había en-
« greído no poco la amistad de M. de Lamartine, en
« quien siempre encontré la amabilidad más afec-
« tuosa, pero nunca la abnegación completa de un
« amigo verdadero. Esta frialdad para conmigo ha
« sido mi primera desilusión en la vida. Cuando
« habré cesado de existir, no creo se niegue á cum-
« plir el último voto de mi corazón. »

¡Ay de mí! esa súplica me llega demasiado tarde, pues la savia de los bellos versos se agota con la primavera como la de las rosas, y el poema comenzado por una mano y acabado por otra, sería un lúgubre concierto de dos voces, una difunta y la otra casi apagada. La poetisa misma acabará en el cielo ese monumento religioso que yo solo tocaré en la tierra para ensalzarlo como merece.

Y en cuanto á la tierna recriminación que me dirige desde el fondo del sepulcro sobre lo tibio de mi amistad, su primer desencanto en este mundo, esa recriminación sería para mí un cruel remordimiento, si no procediese de una mala inteligencia entre ambos. En la juventud, nuestros corazones, llenos de otros sentimientos, solo podían encontrarse en el terreno formado por esas inclinaciones intelectuales algo tibias, que no exceden á la temperatura de la urbanidad mundana, y no el calor de las grandes afecciones. Mas adelante la política doméstica de su casa que no fué siempre la mía, exigió